



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 33. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Setiembre 1876 | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVI.

SUMARIO.—Revista de modas, por Joaquina Balmaseda.—Vestidos para excursiones á la montaña.—Traje para mañana.—Cuellos y corbatas.—Cuerpo-blusa escotada para joven.—Chal de cachemir con bordado indio.—Vestido con paletot.—Sombrero duquesa.—Cuerpo coraza para niña.—Paletot holgado para niña.—Vestido con túnica sin mangas.—Vestido con túnica albornóz.—Vestido con túnica princesa.—Vestido con túnica de muselina.—Vestido para niño.—Sombrero duquesa.—Sombrero Pillerano.—Sombrero Archiducosa.—Sombrero tiroles.—Sombrero con plegados.—Sachet para guantes.—LITERATURA: La

Caridad, por Felipe Borrás.—A Valencia, poesía, por Camila.—¿Dónde irán? poesía, por Telesforo Fernandez Ballarna.—La flor marchita, poesía, por Telesforo Fernandez Ballarna.—La Fuente de los Excomulgados, por Adolfo R. Gamez.—Historia de un diamante, por María del Pilar Sinués.—Las cavernas de Nipapipa (Islas Filipinas), por el Dr. Gagor.—Revista semanal, por Alberto Diaz de la Quintana.—El pez volador.—Charada, por Consuelo Castro y Valdes.—Dios se lo pague, por Luisa Durán de Leon.—Consejos de higiene.—Variedades.—Explicacion del figurin.

REVISTA DE MODAS

«En ninguna época las señoras se han vestido con más gusto. Los trajes van modelados sobre su mismo cuerpo, la variedad de telas y de adornos que autoriza la moda, da por resultado un aspecto pintoresco, y á la señora que no tenga un defecto grave de constitucion, no se le puede perdonar que no se presente bella.»

Esto dice un crítico reputado de la moda actual.

Lamentable es la tendencia de la moda de esta época! Una mujer, vestida enteramente por los últimos figurines, con su vestido de talle prolongado, envuelta de las piernas, con su peinado exagerado, su aire atrevido, parece reproducir el mitológico cuento de la manzana, y exhibiendo sus contornos hasta provocativa, preguntar á los que la admiran: ¿cuál es la más bella?»

Hé aquí dos opiniones contrarias á propósito de la moda actual, y en ambas hay alguna parte de justicia. Las formas de nuestros trajes son bellas, las telas caprichosas, las disposiciones de nuestras faldas artísticas... pero la exageracion las desluce, y una señora, siguiendo ciegamente los decretos de la moda, envolviéndose en la tela con un extremo que quite libertad á sus movimientos, recuerda en efecto las heroínas de aquellos tiempos fabulosos, en que no habia venido el arte á velar los encantos de la naturaleza. Por eso no me cansaré jamás de recomendar á mis queridas lectoras que sigan á la moda de lejos, con precaucion y sin exagerar sus leyes. Hay que tener en cuenta además, las figuras, las posiciones, y ciertos modelos atrevidos dejárselos á señoras que frecuentan los grandes salones, que van rodeadas siempre de un séquito brillante y en el cual se proponen ocupar el primer puesto. Por eso mi deber de cronista me obliga á citarlo todo, dando la voz de alerta á las personas modestas y sensatas, cuando un atavío excéntrico aparece en el horizonte de la moda.

En este caso se encuentra el vestido breton: de él es he hablado al principio de la temporada, recomendándole como un capricho algo vistoso para el campo y la playa. En efecto, algunos modelos de este género se han lucido en las playas de Biarritz y de Normandía, atravesando alguno el Pirineo para tomar carta de naturaleza en nuestra bella España. Uno de estos he podido admirar, compuesto de falda de cretona azul, lisa por detrás y



1 y 2. VESTIDOS PARA EXCURSIONES Á LAS MONTAÑAS.

1. Vestido con paletot en forma de pelerina.

2. Pantalón, falda corta y falda guarda-polvo.

bullonada por delante, separados los bullones por galon breton (una tira de cachemir blanca bordada de colores fuertes), y coraza-frac de limosina blanca con rayas de colores: esta coraza prolonga los dos costadillos en dos grandes puntas cuadradas que se unen por detrás con presilla del galon ántes citado, sosteniendo el pouf de la falda azul, y del pecho cruza abierta hasta la cintura sobre un justillo breton de terciopelo negro, abierto en corazon sobre una camiseta alta, y guarnecido, así como la coraza, alrededor del galon bordado: la manga corres-

ponde á la coraza, con gran bota ó campana adornada del mismo galon. Hé aquí el traje breton detallado para hacerle comprensible á todas mis lectoras, aunque hayan de ser contadas las que le utilicen.

Entre los vestidos encarnados que quieren á todo trance abrirse paso entre la aglomeracion de uno de los de actualidad, tengo á la vista uno que puede recomendarse: compónese de falda y túnica de faya color piel de Rusia en dos tonos. La falda del color más vivo, va terminada por un volante y la túnica, del color más pálido, va adornada de una tira de lo mismo, bordada con el color más fuerte, y que se repite en forma de tirantes por delante y por detrás en la coraza, bajando á perderse sus extremos entre los pliegues de la sobrefalda, porque la túnica, que se compone de coraza y falda, tiene una novedad en que quiero fijaros mucho, lo de pegar la sobrefalda con algunos pliegues alrededor de la coraza, ocultando el borde de ésta y haciendo con ambas piezas una sola. Tiene necesidad esta hechura de ir pegada la mitad de la túnica, y la otra mitad sujeta con botones escondidos entre el plegado para poderle ajustar despues de puesta la túnica. Este traje, todo encarnado, aunque vistoso es serio, y la túnica puede muy bien utilizarse con negro y con gris.

No por estos dos modelos que recomiendo vayais á creer que todos los últimos que se reciben corresponden á este género vistoso, que comienzo por rechazar: hay vestidos gris en dos tonos que figuran siempre en primer término entre las personas de buen gusto; azul pálido combinado con azul fuerte, una tela lisa, otra á listas ó brochada que da por resultado vestidos de gran distincion, y faldas marron con tónicas á rayas marron y blancas, que sirven para personas serias que no quieren prescindir de su fama de elegancia. Los pequeños fichús alsacianos en crespon ó cachemir con flecos y anudados en el pecho, son detalles de mucho gusto para personas jóvenes, y juegan admirablemente con los sombreros Campana y Pillerano, de los que he visto modo de los bellísimos, obra de las manos de Mme. Grenet, que con justicia goza de la fama que le otorga la numerosa clientela que visita su casa de la Puerta del Sol. En sombreros hay muchas formas, muchos gustos; por lo mismo muchas cosas inadmisibles, y por eso os recomendaré siempre que no confiéis vuestros sombreros sino á una persona de gusto.

En las últimas correspondencias que recibo de París, me hablan de las fiestas verificadas en Inglaterra obsequio de la Reina de Grecia, y de algunas *toilettes* notables con este objeto: mucha faya, mucha gasa bordada en colores, mucho de transparente y aéreo como la pluma del cisne, como los vapores blancos de las nubes que se deslizan sobre un cielo azul, atavíos todos armónicos con aquellas mujeres de tez de nácar y cabellos rubios. Entre los atavíos que me citan, recuerdo uno de tul con guirnalda de rosas bordadas y flecos de musgo; otro con verdaderas cascadas para recoger la falda de encaje blanco de lirios y amapolas, los dos colores antes contrarios, hoy amigos; y finalmente, túnicas de malla blanca sobre trajes de seda azul de cielo ó verde claro, que al moverse reflejaban las ondulaciones de las aguas de un mar agitado.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 Y 2. VESTIDO PARA EXCURSIONES Á LAS MONTAÑAS.

Cuando se viaja por caminos frecuentados y entretenidos, pueden permitirse trajes más ó ménos sólidos y adornados, pero cuando se trata de excursiones á las montañas, necesitase un traje especial, fuerte y que resista los mil accidentes desagradables que pueden ocurrirse al rozar con la maleza y las breñas. El núm. 2 ofrece uno de estos vestidos cortos, con pantalon igual en tela impermeable y paletot de cretona azul marino con vivos blancos: el sombrero de paja se adorna con velo flotante, que á veces se reemplaza por velo mascarilla que cubre el rostro cuando reinan grandes vientos. El pantalon es igual al que recibieron en Febrero ó Marzo nuestras lectoras; el vestido tiene dos paños de 130 cents. de ancho, al hilo el de atrás y con dos nesgas sacadas del mismo el de adelante, y el cuerpo es una blusa que se ciñe con la cintura del pantalon y falda, que no debe pasar de larga de la pantorrilla. La túnica cubre-polvo, con esclavina como la presenta el núm. 1, ó sin ella como el núm. 2, se corta como un paletot recto, y se cierra torcida adornada con vueltas y bolsillos. El calzado debe ser fuerte y cómodo, porque de él depende la seguridad para andar, y deberá ser botina abrochada con botones, que son mejores que las trencillas, y media de lana de color. Los guantes de castor con puño ó campana, que ellos son los que mejor se adaptan al baston de punta de hierro, y se completa el traje con el saco de hilo crudo, bordado con estambres y sostenido cruzado con correas, y en el cual se llevan las provisiones para excursiones largas.

3. TRAJE PARA LA MAÑANA.

Bata-peinador de percal rayado, figurando por su adorno de encaje crudo y plegados de la tela, paletot abierto, y cofia de muselina blanca con cintas azul claro y encajes crudos como los de la bata: el fondo es un óvalo de 28 cents. de largo por 25 de ancho, plegado á un ala de 2 cents. y con bavolet adornado por dobles encajes.

4. CUELLO Y CORBATA (NOVEDAD).

Los cuellos abiertos son siempre los preferidos para verano, y nuestro modelo se hace de tela fina con un respunte á un centímetro del borde. Corbata de gasa azul brochada de blanco, amarillo y negro, terminada por fleco.

5. CUERPO-BLUSA ESCOTADO PARA JÓVEN.

Este cuerpo, muy propio para jóvenes, se corta por el patron que para otro igual se dió en el mes de Febrero, y no puede reproducirse más que en tarlatana ó muselina: un echarpe de cinta de color rodea el talle, y se anuda por detrás, guarneciéndolo la manga y escote una ruche de la tela y encaje.

6 Y 7. CHAL DE CACHEMIR CON BORDADO INDIO.

Vestido de lana brochada con coraza adornada de encajes y lazos en la manga y cuello. Sombrero de paja de Italia con espigas y amapolas y chal de cachemir, bordado en colores, cuyo dibujo ofrece el núm. 7: este bordado se hace á cordoncillo largo y punto ruso, deshiliando el mismo cachemir para el fleco.

8. VESTIDO CON PALETOT.

La falda y mangas de belga color crudo, se completan

con túnica y paletot holgado de batista bordada á la inglesa en el mismo color de la falda, orillados de lana belga y fleco de hilo. Lazos de cinta y cuello de batista liso. Sombrero de paja con flores silvestres, que es el mismo de la figura anterior y del núm. 18.

9 Y 17. SOMBRERO-DUQUESA.

Es de paja de arroz con bias rosa que baja alrededor de la copa, y remata por detrás con gracioso grupo de lazadas: le completa corona de blecets, margaritas y espigas. El ala por dentro va bullonada de color de rosa.

10. CUERPO-CORAZA PARA NIÑA.

El cuerpo con pliegues en el delantero y abotonado por detrás, es alto, con mangas largas terminadas por vuelta. La falda del vestido se guarnece segun la tela con plegados ó volante, y puede añadirse mantelo atado por detrás. Cuello marinero de guipure de Escocia.

11. PALETOT HOLGADO PARA NIÑA.

Puede ser de la tela misma del vestido ó de cachemir, piqué, etc., adornándose con galones alrededor que suben además por todas las costuras.

12 Á 16. VESTIDOS DE VERANO.

12. *Vestido con túnica sin mangas.*—Falda y mangas de faya marron claro, adornadas con plegados de la misma tela, y túnica y paletot holgados en cachemir brochado gris y marron, con lazos y fleco del último color: limosnera pendiente de cadena de pasamanería y sombrero tiroles. (Véase núm. 20.)

13. *Vestido con túnica-albornoz.*—De esta túnica ofreceremos modelo más detallado en el número próximo, para que se vea la colocacion de los paños y modo de encoger las desigualdades de largo. El vestido de faya azul con ruche al borde de la falda, se combina con túnica de faya crema adornada de ancha tira de tul griego y cintas en cuadrillé encima y fleco al borde. Sombrero de paja de arroz.

14. *Vestido con túnica princesa.*—Esta túnica tiene mucho parecido con la núm. 1 del penúltimo CORREO, y puede hacerse en toda clase de telas más ó ménos ligeras. Los bieses tienen 5 cents., los plegados 6 y 8, y la túnica cierra con botones de arriba abajo, siendo los adornos de distinto color ó de tela lisa en tela rayada. Sombrero tiroles. (Véase núm. 20.)

15. *Vestido con túnica de muselina.*—La falda y mangas pueden ser de seda color claro, y la túnica de muselina se adorna con entredoses y encaje, de bordados en tul, ó de aplicaciones finas, recogiendo la túnica por detrás con lazos de cinta.

16. *Vestido para niño.*—Chaqueta y calzon en paño de verano, con cuello vuelto la chaqueta, forrada de seda. Botita alta y gorrito de paja.

17 Á 21. SOMBREROS.

17. *Sombrero duquesa.*—(Véase núm. 9.)

18. *Sombrero Pillerano.*—Es propio para jóvenes y le representan igual los núms. 6 y 8. El fichú que le acompaña es de muselina y forma triangular, adornado de bies y encaje al borde.

19. *Sombrero archiduquesa.*—Lleva una ruche de tul que asoma al borde del ala alrededor, y por detrás se levanta el ala recogida con lazadas y flores.

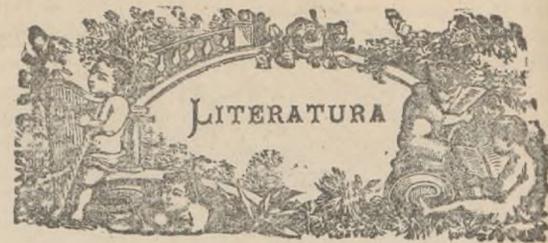
20. *Sombrero tiroles.*—Es el mismo de la fig. 14, y su adorno consiste en guirnalda de flores á la cara, con fleco de musgo al borde del ala, y por fuera lazadas de cinta y una rosa como caída sobre él.

21. *Sombrero con plegados.*—El fondo de paja marron, va rodeado de plegados de gasa de igual color y adornado de cinta y de flores.

22. SACHET PARA GUANTES.

Hácese con dos cartones forrados de algodón en rama y luego de raso azul con ruche de lo mismo alrededor. Sus dimensiones son 25 cents. de largo por 19 de ancho, y se cubre con un transparente encima de tul bordado de encaje irlandés, que forma el dibujo una cenefa y el nombre «Ana» en el centro. Lazos de cinta de raso azul le completan.

JOAQUINA BALMASEDA.



LA CARIDAD.

¿Dónde existe una cosa más sublime que la caridad? ese noble sentimiento, esa singular virtud que trasforma á los hombres en ángeles para enjugar las lágrimas de sus hermanos. De nada le servirán la fé y la esperanza si le falta la caridad, dice el Evangelio en la sublimidad de su laconismo. Sí, mis queridas lectoras; ¿no habeis nunca experimentado esa dulce satisfaccion que deja en el alma una buena obra? pues es tan dulce, tan celestial, que hasta por egoismo debiéramos ser caritativos. Y ¿no sucede muchas veces que en este mismo mundo hallamos el premio de nuestras buenas acciones? Voy á referiros un cuento de los que las madres cuentan á sus hijos por distraerles en las largas noches de invierno; uno de esos cuentos que en su sencillez y vulgaridad encierran grandes enseñanzas, la moralidad más recta, el ejemplo de bondad más excelente y sublime. Escuchadme, pues, con atencion, por más que lo pobre é inocente de mi estilo y la inexperiencia de mi pluma no os lo presente más que como un bosquejo cuando en manos de otro ser pudiera un magnífico cuadro de bellos colores.

I.

Era una hermosa tarde de verano.

Ya el sol iba recogiendo su dorada cabellera en el Occidente para extenderla más pura y radiante en otros horizontes; y el céfiro y la brisa empezaban á jugar con las flores de los valles, llevando en sus vaporosas alas los perfumes de las silvestres florecillas.

Era al caer de la tarde, y despues de un largo dia de caza, volvía el duque de Normandía seguido de su brillante séquito de alconeros y pajes, á buscar en las delicias de su palacio la tranquilidad y el descanso que despues de un dia tan fatigoso necesitaba ya su cuerpo.

Avanzaba por medio del camino brillante y lucida la cabalgata, y el duque delante seguido de los trofeos de la caza, semejante al conquistador que enorgullecido con la victoria lleva ébrio de entusiasmo delante de sí los despojos de sus enemigos.

Un anciano vestido pobremente y en el más triste estado de postracion, pálido y demacrado, se puso delante del caballo del duque pidiendo á éste una limosna.

—¡Amparadme, señor, le dije, compadeceos de un desgraciado, que solo en el mundo hubiera hoy perecido de la caza, semejante al conquistador que enorgullecido con la victoria lleva ébrio de entusiasmo delante de sí los despojos de sus enemigos.

Paró el duque su corcel, y sacando unas monedas de oro de su escarcela se las arrojó al pobre diciéndole:

—¡No será el duque de Normandía el que deje morir de hambre á uno de sus vasallos!

Siguió adelante la comitiva hasta perderse entre el polvo del camino, mientras que el anciano alzando sus manos al cielo decía:

—¡Gracias, Dios mio, proteged al duque de Normandía!

II.

Si hermosa y esplendente era la tarde en que el duque ejerció tan noblemente su caridad, triste, oscura y silenciosa era la noche en que vamos á presentarle por segunda vez á nuestras lectoras.

Como de costumbre, aquel habia sido para el duque uno de los dias consagrados al placer, pero el duque, habiendo perseguido demasiado á una pieza y apartándose de sus gentes, se habia internado por un solitario bosque, y las espesas nieblas que cubrian el campo le habian de tal modo sustraído á las miradas de los suyos, que éstos buscándole, habian tomado la direccion opuesta á la que el duque se encontraba.

Cerró la noche y la oscuridad más espantosa se extendió por el bosque; solo, perdido, en vano mil veces llamó á sus servidores, disparó sus armas, inútil fué todo; el bramido del viento, el tableteo del trueno, el fulgor del relámpago, contestaban sólo á sus voces, llenando de desesperacion su alma.

Vagaba inquieto por el bosque, cuando entre las malezas halló oculta la fiera que él ántes habia tan desgraciadamente perseguido; era un oso, un oso formidable que acaso conociendo la debilidad de su perseguidor se preparaba á una lucha de la que de seguro hubiera salido ganancioso.

La fiera saltó de la maleza y se dirigió adonde estaba aterrado el duque; este le apuntó con su escopeta, pero

no tenía municiones, y ya sólo le separaba de la fiera unos veinte pasos. De pronto ésta se prepara, y centellantes sus ojos se dirigió furiosa hacia el duque, éste se vió perdido, una nube nubló sus ojos, un arco de hierro oprimió su frente y sus sienes, y exánime cayó al suelo, mientras sonaba una detonación, y la fiera herida mortalmente se revolcaba en las convulsiones de su desesperación y de su agonía.

En una miserable cabaña y hechado sobre un pobre lecho se hallaba el duque de Normandía privado de sentido y exánime todavía.

Cuando volvió en su sí estrechó la mano de su salvador, y vió en él al pobre á quien un día socorriera tan generosamente.

— ¡Cómo estoy aquí, buen hombre!
— Sentí vuestros lamentos, y acudí en ocasión de poder salvaros. Un día me arrojásteis vuestro dinero y con él construí esta pobre choza, y aquí vivo feliz y contento. Pedí á Dios por vuestra salud y Dios me ha escuchado. ¡Gracias, Dios mio, protegéd al duque de Normandía!

FELIPE BORRÁS.

Á VALENCIA.

Viajero que en tus ensueños tras un Eden vas corriendo, córtés y alcázares viendo, que excitan tu admiración: sin riquezas y esplendores halagan la fantasía; mas dejan el alma fría, sin vida ni animación.

Si quieres ver realizada tu encantadora ilusión, dirige tu expedición hacia el vergel de Valencia: allí entre rosas y mirtos, entre azahares y jazmines, verás los bellos jardines que ostenta la Providencia.

Verás moreras y lagos, fuentes y esbeltas palmeras, valles, colinas, praderas; verás por fin, el Eden: aquí recuerda la mente el Paraíso perdido, y que el hombre fué nacido para gozar tanto bien.

Tierra bendita del Cielo la que el manso Turia baña; la perla de nuestra España, es llamada con razón: las maravillas del arte deslumbran por su grandeza, sólo la naturaleza es la que habla al corazón.

CAMILA.

¿DONDE IRÁN?

Secas hojas que del árbol al suelo cayendo van y en el polvo confundidas lleva el viento sin cesar...

¡Triste destino de las pobres hojas!

¿Dónde irás!

Lindo capullo entreabierto, que tal vez pronto serás rojo broche perfumado de algún seno virginal;

Cuando después te arrojan ya marchito,

¿Dónde irás!

Lágrimas que allá del alma, como de interno volcán, lava ardiente, en nuestros ojos luego vienen á oscilar, que ruedan, se evaporan y se pierden...

¿Dónde irán!

Cual las hojas y las flores y las lágrimas se van, y todo lo de este mundo tan engañoso y fugaz, este amor que te tengo tan inmenso

¿Dónde irá!

TELESFORO FERNANDEZ BALLARNA.

LA FLOR MARCHITA.

Ayer te ví lozana orgullosa adornando su ventana, llena de aroma y vida, y de colores, reina y envidia de las otras flores; porque sólo cuando ella se asomaba sus bellezas y encantos eclipsaba.

Su mano te arrancó mas no la vida: que si del tallo fuiste desprendida y en mis manos tus hojas se secaron, sus labios te besaron; y aunque tu aroma y tu color murieron, trocara yo mi vida por tu muerte, porque si muerta estás de aquesta suerte ¡qué más vida que el beso que te dieron!

TELESFORO FERNANDEZ BALLARNA.

LA FUENTE DE LOS EXCOMULGADOS.

TRADICION.

(Continuación.)

Inmóvil el paje por el espanto, no acierta á formular palabra alguna; entónces oyé un acento cavernoso que parece brotar de las sombras, entre el rumor de las hojas.

— Leo en tu corazón con mis ojos de fuego; yo lo he abrasado con mi aliento en un amor impuro, y puedo hacer dichoso en la tierra. Cuando la luna aparezca en el firmamento, espérame en la Fuente del Alamo.

— ¡Oh! no, no: pudo articular el paje.

— Estoy seguro de que no faltarás á la cita: hasta luego.

Y apagándose las áscuas de sus pupilas, perdióse el extraño ginete en las sombras, sin escucharse el silencioso aunque rápido paso de su alazan.

Con el cabello erizado y presa de angustia indefinible, hincó el paje sus espuelas de plata en el vientre de su corcel, que partió á escape, uniéndose al grupo de trovadores que escoltaban las literas.

En aquel momento llegaban los caballeros á la poterna del castillo.

El silencio y las sombras volvieron á invadir el intrincado bosque, y algunos instantes después se apagaban también las secas hojas de las enroscadas zarzas inflamadas con las fugitivas chispas de las teas.

IV.

En el dintel del rastrillo, rodeado de una lucida corte, y arrastrando tálares y lujosos vestidos, aguarda impaciente el vicario de Caravaca á su noble huésped.

Al llegar éste á la poterna del castillo, es recibido con respetuosas muestras de alegría, y el mismo vicario abre la portezuela de la litera que conduce á la desventurada Alba.

Enlazada la siniestra de ésta con la diestra del vicario, suben las anchurosas escaleras que conducen al salón donde lujosamente se halla preparado un opíparo banquete.

Ocupa la cabecera de la dilatada mesa el hospitalario vicario, bajo el gótico dosel de su sillón de sándalo, teniendo á su frente á la hermosa dama, y á su derecha al viejo y poderoso señor de Alvar-Nuñez.

Las incrustadas ensambladuras del techo que cubre el anchuroso salón, resplandecen á los fulgores de las numerosas hachas de cera perfumada y de las colgantes lámparas de hierro.

Sobre el nevado lino de los manteles se mezclan en conjunto deslumbrador las más rara vagilla.

Sólo aquellas personas próximas en nobleza al ilustre recién llegado, ó al poderoso vicario, son admitidas á la mesa, si bien ocupan modestos sitios sin respaldo.

Apoyados en los gruesos muros de piedra que ocultan los colgantes tapices, mírase á los juglares arrancando á sus armoniosos instrumentos sus más inspiradas notas. En el momento de sentarse á la mesa, y después de recitado con voz sonora, por el vicario, el acostumbrado *Benedicite*, tiene lugar el brindis de hospitalidad, para lo cual, dirigiéndose él mismo á un estante de encina primorosamente labrado, y abriéndolo con una llave que pende de su cuello, saca una magnífica copa, que llama extraordinariamente la atención de los circunstantes.

Es esta una copa labrada en oro, obra maestra de aquel santo artífice y obispo, que supo construir aquella célebre silla imperial de oro macizo, acreditando con su obra, no solamente su habilidad, sino también su honradez (1).

Es el cincelado vaso, notable no solamente por la riqueza del material empleado, sino que también por su

(1) San Eloy.

forma artística. Adornado posteriormente con numerosos círculos de piedras preciosas, en prueba de respeto á la santidad de su origen, resplandecce en las manos del vicario, lanzando cascadas de luz de diferentes matices.

Cuando, según costumbre, pasa de las manos de éste á las del señor de Alvar-Nuñez, y por último á las de su agraciada esposa, quédase ésta como arrobada, contemplando tan maravillosa obra.

Conocida su admiración por el vicario, indícala galantemente lo sensible que le es no poder rendírsela como tributo de su respetuosa voluntad, por pertenecer esta alhaja al vicariato y hallarse excomulgado quien la hiciere desaparecer de aquel lugar.

Pero sí la promete que estará á su disposición y único servicio durante el tiempo que tenga á bien honrarle con su presencia, acompañándola á la proyectada cacería; y termina suplicándola le designe su paje de copa para hacerle solemne entrega en aquel instante.

A estas palabras, y después de las naturales de cortesía y agradecimiento, busca Alba, girando su mirada en derredor, al trovador Gonzalo que desempeña á su lado este servicio.

Notóse con extrañeza la ausencia del paje, y se guarda la copa hasta que se presente éste.

Inclínase la frente del señor de Alvar-Nuñez preñada de tormentosas nubes, y la palidez de la desdichada Alba hácese más intensa.

Tornan á resonar los templados laudes de los juglares entre el argentino chocar de la lujosa vagilla, mientras un repentino rayo de luna, mansamente acaricia los pintados vidrios de las elevadas ojivas.

V.

Allá va la lujosa cabalgata envuelta en los dorados rayos de la aurora á cuyo influjo misterioso aparece la selva resucitando á nueva vida.

Las trompas de marfil anuncian el paso de los monteros entre los enredados troncos.

Ya desatadas las jaurías, rastrean los famosos podencos castellanos, rozando con sus caldas fauces el húmedo césped, la fugitiva huella de los ciervos.

Todo es luz en el cielo: nubes de formas y matices caprichosas nadan en un piélago de claridad que aumenta por instantes.

Todo es armonía en el bosque conmovido por jugueteras y perfumadas auras.

El ruidoso clamoreo de los cazadores anuncia el alegre estado de su espíritu.

Sólo el de Alba no ha podido dilatarse al sentimiento común, según lo manifiesta su pensativa frente inclinada sobre el ebúrneo seno, que resguarda de la escarcha matutina un amplio manto guarnecido de armiño.

No descansa en su mano la encaperuzada ave que su halconero conduce.

Más blanca que las pieles de un manto, lánguidamente deja caer su diestra sobre el rico velludo de su túnica.

A su izquierda camina el muy alto y poderoso señor de Alvar-Nuñez, rudamente agitado por el tormento de los celos.

Y entre la espesa y dorada muchedumbre que la sigue, se destaca en primera línea el infortunado Gonzalo, conduciendo en un rico cofrecillo de marfil la copa del vicario.

Han entrado en el rastro de una legión de ciervos.

Aún se vé removida la alta yerba, de la que penden trémulas gotas de rocío y á su paso por entre las espesas malezas han tronchado é inclinado ramas que aún no han tenido tiempo de recobrar su elasticidad.

Los perros lanzan algún aullido de marcada significación.

Piñan los corceles al roce de la dura espuela.

Los ecos de las trompas turban la majestuosa calma del bosque con su ruidosa sonata.

A los gritos de los cazadores responden las señales de los ojeadores.

Y alegres, esperanzados, sintiendo dilatarse sus almas á los primeros rayos del sol naciente, en aquellos pintorescos sitios, todos, todos manifiestan su júbilo, menos nuestros tres infortunados personajes.

No solamente los ecos de la selva responden á los alegres sonidos de las trompas. Percíbese á lo léjos la sonora voz de otras que se aproximan cada vez más.

Es una segunda cabalgata; la que dirige el obsequioso vicario y que tiende á reunirse con la primera, marchando en dirección al sitio de la fuente.

Y así trascurren los primeros encantadores instantes de la mañana.

Cuando el calor obliga á los monteros á buscar la sombra de las corpulentas encinas; cuando ya ha sido colocado en el carro de triunfo el desventurado ciervo, cubierto de flores y vistosas cintas; cuando, finalmente, jadean los caballos y los ginetes olvidan ya

linfa la imagen del añoso árbol que sobre ella se inclina.
 Hace alto la cabalgata en torno de la fuente; apéanse los ginetes y estiéndense tapices sobre el no ménos suave del cespéd, reposando en lujosos cogines la reina de la fiesta.
 (Se continuará.) ADOLFO R. GAMEZ.

HISTORIA DE UN DIAMANTE.

POR ALFONSO KARR.

I.

El mes de Agosto iba á espirar, y en una salita, cuyas ventanas daban á un hermoso jardín, se hallaban reunidos y al parecer discutiendo un asunto de alguna im-



3. Traje de mañana.

la espuela, aflojando las bridas sobre las erizadas crines, la cabalgata del señor de Alvar-Núñez hace alto en un claro del bosque, cuya pintoresca belleza no puede por ménos de arrancar una general exclamacion de sorpresa.
 Y bajo los copudos olmos, cuyos gruesos troncos desaparecen con el frondoso manto de las enredaderas, y casi en el centro de un círculo de musgo, abrigantado por innumerables flores silvestres, vese el manantial conocido con el nombre de Fuente del Álamo, por el gigantesco árbol de esta especie que la ampara.
 Mana el agua copiosamente; pero con una tan dulce serenidad, que apenas oscila en fugaces pliegues la superficie de aquel pequeño lago. Casi no tiembla en su

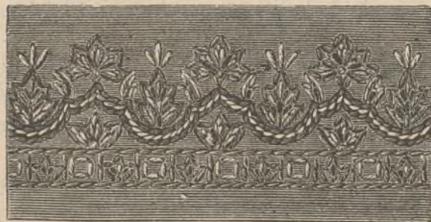


4. Cuello y corbata (novedad.)

Ana respondió con una mirada llena de ternura, mirada que pareció muy elocuente á Teodoro, porque repetía ostensiblemente lo que el corazón de la jóven le habia dicho en secreto muchas veces.
 El tercer interlocutor, que era un hombre de fisonomía bondadosa, se volvió para ocultar una sonrisa.
 Despues exclamó:
 —Hijos míos, podria decirnos muchas cosas que sólo os servirian para repetir las inútilmente á vuestros hijos dentro de veinte años; hasta entónces ni creereis en ellas ni las comprendereis siquiera; pero como amo á mi hija más que á mi vida, y estimo al que aspira á ser su esposo



5. Cuerpo-blusa escotado para jóven.

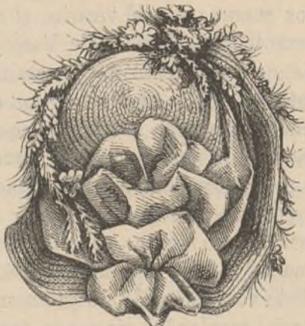


7. Bordado indio para el chal del grabado número 6.

portancia, un jóven que contaria apenas veinticinco años, una muchacha de veinte y un anciano, padre de ésta, que ya habia cumplido los cincuenta.
 La escena tenia lugar en Lugouville, cerca del Havre.
 —¿Para qué necesitamos las riquezas? decia Teodoro; así se llamaba el jóven; ¿pueden acaso alimentar nuestra felicidad? Ana y yo viviriamos muy dichosos en una choza, y el pan, fruto de mi trabajo, será para los dos una dulce ambrosia.



6. Vestido y el al de cachemir con bordado indio.



9. Sombrero Duquesa.



8. Vestido con paletot.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Isabel 2^a. II. Madrid.

lo basta
ocuidado
consenti
hasta qu
viaje qu
orden de
A pro
motivado
nones de
habló mu
pero el
flexible,
tuvieron
der á lo q
capricho
-Adic
dayó Ar
cielo, no
constant
Teodo
una amon
se se ve
pocos dia

Duran
ción, el
pensar e
visitar y
mente n
Los esp
errocados
de ofreci
stros, y l
poco u
del lujo
Al fin
desencar
Desesp
day de l
limitarse
como el
haba de
sus gana
cerca d
tecia al



lo bastante para confiarle el cuidado de su felicidad, no consentiré en vuestra union hasta que Teodoro regrese del viaje que debe emprender por orden de su principal.

A propósito de este viaje, motivado únicamente por razones de comercio, Teodoro habló muy mal de las riquezas, pero el padre de Ana fué inflexible, y los dos enamorados tuvieron que resignarse y ceder á lo que juzgaban un mero capricho del viejo.

—Adios, Teodoro mio, conseyó Ana; sin cesar pediré al cielo, no que vuelvas rico, sino constante.

Teodoro aseguró á Ana con una amorosa mirada que su deseo se veria cumplido, y á los pocos dias se embarcó.

II.

Durante su larga navegacion, el jóven tuvo tiempo de pensar en los sitios que iba á visitar y que eran completamente nuevos para él.

Los esplendores del Oriente, provocados por su imaginacion, le ofrecian maravillosos cuadros, y le hacian formar poco á poco una idea extraordinaria del Injo oriental.

Al fin llegó á Constantinopla y su desencanto fué terrible.

Desesperado al ver la distancia que hay de lo vivo á lo pintado, resolvió limitarse á pensar en su amada, y como el negociante á quien acompañaba debia darle participacion en sus ganancias, comenzó á calcular acerca de lo que podia prometerse, y á la vez al final de cada esperanza.



10. Cuerpo-coraza para niña.

11. I aletot holgado para niña.

—El padre de Ana quedará satisfecho; estoy seguro de que no pondrá ningún obstáculo á nuestra ventura.

Una noche, retirado en su humilde habitacion, con los codos apoyados sobre una mesa y la cabeza reclinada sobre sus manos, se ocupaba en arreglar los gastos de su futura casa, discutia la grave cuestion de los criados, formulaba la interminable lista de los muebles que consideraba necesarios para adornar sus habitaciones, y no contento con esto todavía, hasta pensaba en el traje con que su amada asistiría á la boda, é imaginaba su peinado, cuando de pronto dos golpes que sonaron en la puerta le sacaron de la agradable tarea que le absorbía.

Levantóse, abrió, y con no poca sorpresa vió entrar en su estancia á un hombre que miraba á todas partes con recelo y que cerró la puerta por dentro.

Antes de que Teodoro pudiera darse cuenta de lo que pasaba, el desconocido le dijo:

—Caballero, únicamente podemos disponer de diez minutos para arreglar un negocio del que depende vuestra fortuna y mi vida.

—No os comprendo, observó Teodoro.

—Escuchad, repuso su misterioso interlocutor; soy un esclavo empleado en las minas, he robado un diamante, y fingiéndome enfermo, he



12. Vestido con túnica sin mangas.

13. Vestido con túnica alboroz.

14. Vestido con túnica princesa.

15. Vestido con túnica de muselina.

16. Vestido para niño.

conseguido que me traigan aquí. Ningun príncipe del universo posee una piedra tan preciosa como la que yo tengo; pero mi diamante es un tesoro inútil para mí porque carezco de dinero, y sin recursos no puedo fugarme para venderlo. Con todo, como comprendereis, debo esperar de él algún beneficio; así, pues, dadme lo suficiente para huir y la piedra es vuestra.

—Pero... balbuceó Teodoro.

—Miradla, y aceptar mi proposición; ella es hará rico y á mí feliz porque me permitirá volver al seno de mi familia.

Y el esclavo mostraba un enorme diamante á Teodoro, que le contemplaba cada vez con mayor asombro.

—Con efecto, dijo el joven al fin, es una hermosa piedra; he visto muchas de su clase, pero ninguna tan perfecta ni tan grande. Cualquiera soberano se enorgullecería en poder adornar con ella su corona.

—Pues no perdamos tiempo; con sólo privaros de algunos ducados, cereis millonario y yo dichoso.

—¿Y si me persiguen? ... observó Teodoro.

—Os perseguirán, ¿quién lo duda? pero vos podeis huir.

Teodoro se quedó perplejo; pero al ver que el esclavo se disponía á marcharse, tomó el diamante, dió por él los ducados que tenía y huyó también con algun dinero que le proporcionó su principal.

III.

Teodoro se proveyó de un buen guía y emprendió su camino por los terrenos más escabrosos, á fin de poder sustraerse con más seguridad á todas las pesquisas.

Pero un día, Teodoro, quizá por huir demasiado de sus perseguidores, vino á dar con una banda de árabes ladrones.

—¿Llevais dinero? le preguntó el guía.

—Llevo únicamente el necesario para el camino, contestó Teodoro.

—Entonces no opongamos resistencia; despues de registrarnos, nos han de dejar lo suficiente para terminar el viaje.

—Eso no me basta, repuso Teodoro, y preparó una pistola que disparó al primer árabe que se le acercó.

Los ladrones acudieron en auxilio de sus compañeros, desnudaron los alfanjes, y despues de una reñida pelea, quedó muerto el guía de Teodoro y este cayó en poder de los enemigos.

Registráronle en seguida, y á pesar de la resistencia que el joven opuso y que le ocasionó algunas heridas, se apoderaron del diamante.

La inmensa pena que sentia al perderlo hizo creer á los árabes que era un amuleto, y una mujer hizo un juguete á su hijo con la piedra.

El jefe de los ladrones cobró afición al prisionero, y manifestó á éste al poco tiempo, que apenas estuviese curado, podía marchar con todo lo que le habían quitado.

Así sucedió en efecto.

Teodoro recobró con la salud el diamante y la libertad. No sabiendo qué camino tomar, se refugió en una caverna, donde estuvo dos dias sin comer.

Al fin acertó á pasar por ella una caravana, á la que Teodoro se unió, pudiendo de este modo proseguir su viaje.

Siempre intranquilo, desconfiado, y hasta grosero, pedía en las posadas las peores habitaciones y los más pobres alimentos, para que nadie pudiese sospechar que poseía un tesoro.

Próximo al fin de su viaje, escribió un dia al padre de Ana, y comenzó su carta con esta frase:

—¡Soy rico! ¡Inmensamente rico!

Esto disgustó á Ana, que consideró que Teodoro debía haber empezado su carta hablando de cosas más importantes; pero la joven se tranquilizó en breve, pensando que la conducta de Teodoro no era más que un nuevo sacrificio que hacia por su amor.

De todos modos, la idea de la inmensa fortuna de su amante le arrebató su natural alegría; su padre se mostraba reservado para no parecer codicioso; y Teodoro, calculando que no iba á ser favorecido casándose con Ana, sino á favorecerla, se daba aire de protector.

Como que unos á otros se engañaban, su primera entrevista fué fria y á ninguno satisfizo.

Dos ó tres dias despues pudieron hablar á solas Ana y Teodoro.

—No sé por qué, le dijo aquélla, me asusta tu fortuna; ella destruye nuestros proyectos.

—¿Y qué importa? observó Teodoro; gracias á mi riqueza podremos ahora ir á París y vivir en uno de los más suntuosos palacios.

—¡Ay! ¡Yo hubiera preferido nuestra casita, nuestros árboles, nuestra felicidad soñada, á todos los palacios y las riquezas del mundo!

IV.

Teodoro fué á París con el objeto de ver al diamantista de la Corona; pero, segun le aseguraron, este se hallaba ausente y no debía regresar hasta dentro de seis ú ocho dias.

El joven aprovechó este tiempo para buscar una espléndida habitacion y los muebles y adornos correspondientes; ajustó también una carretela y un magnífico tronco de yeguas.

A la vez iba tomando nota de cuanto veía, y en las excursiones que hacia le acompañaba una multitud de parientes, que hasta entonces no le habían hecho caso alguno.

Cuando entraba en un salon, las gentes pronunciaban su nombre con asombro y aseguraban que habia echo una inmensa fortuna en Oriente.

Todas le agasajaban, las madres procuraban atraerle para sus hijas, y estas decían que Teodoro era muy simpático.

A cada momento corria la pobre Ana grave riesgo de ser olvidada; sin embargo, hace poco he visto á los dos antiguos amantes, convertidos en esposos, en la misma humilde casita donde tantas venturas se prometia la joven.

¿Cómo se explica esto?

V.

Cuando se presentó Teodoro al diamantista de la Corona, examinó esta la piedra y le dijo:

—¡Con efecto, es admirable! Sin embargo, no me conviene su adquisicion, porque no comercio en piedras falsas. Esta es una magnífica imitacion y no os será difícil venderla; en cualquiera bisutería os darán por ella diez francos.

Estos diez francos sirvieron á Teodoro para poder regresar al Havre á pié.

Allí encontró un empleo de mil quinientos francos; al poco tiempo se casó con Ana, y hoy dice á todos que la ambicion no es otra cosa que un diamante como el suyo.

(Traduccion.)

MARÍA DEL PILAR SINUÉS.

LAS CAVERNAS DE NIPA-NIPA (ISLAS FILIPINAS),

POR EL DR. JAGOR. (1).

Constituye la costa meridional de la isla de Samar, en la parte de Basey, una especie de cal fina, de fecha muy moderna y de naturaleza algo marmórea, formando en muchos parajes peñas escarpadas. Junto á Nipa-Nipa, aldea situada próximamente á dos leguas del Oeste de Basey, estos peñascos se adelantan mar adentro figurando una fila de rocas, cuyo aspeto es muy pintoresco, cuya altura alcanza hasta cien piés, y cuyo exterior está cubierto de plantas, presentando un conjunto en forma de templete, pareciéndose más bien á hongos colosales que surgen del mar, bañándose sus bases en las mismas aguas. En estas rocas se encuentran muchas hendiduras y concavidades, que los antiguos Pintados aprovecharon y convirtieron en sepulturas. Estos Pintados son los indios pobladores de las islas Bisayas, á quien los españoles

(1) Nota del traductor.—El Dr. Jagor es uno de los sabios más distinguidos de allende el Rhin; tan concienzudo hombre de ciencia como infatigable viajero, ha dado á la estampa trabajos de gran valer en algunos interesantes ramos del saber moderno, especialmente en Antropología; miembro de muchas sociedades doctas de dentro y fuera de Alemania, colaborador asiduo de diferentes revistas científicas de nota, ha tratado materias de mucha importancia y acometido investigaciones muy féculas en luz para determinados puntos de la ciencia prehistórica, ciencias naturales, etnografía, etnología; fisiología de los pueblos, etc., etc.

España le es deudora de algunos interesantes y discretos estudios que han llamado la atención del público ilustrado de Europa sobre las razas que pueblan nuestras ricas colonias de la Malasia. En este concepto, el *Viaje á las islas Filipinas* de Jagor, tiene, para nosotros en particular, muy grandes méritos. Ya el año pasado tuvimos ocasion de dar á conocer en España un luminoso estudio suyo *Sobre la poblacion indígena de las islas Filipinas*, publicado juntamente con un trabajo anejo, sobre craneología, de Virchow, otro de los sabios alemanes de reputacion más que europea. (Véase este estudio en la *Revista antropológica*, núm. 2, Madrid, Sociedad antropológica).—El Dr. Jagor se encuentra actualmente empeñado de nuevo en un gran viaje de estudio, por cuyos resultados deben abrigar fundadas esperanzas todos los que se interesen por el progreso de la ciencia del hombre. Segun carta suya, fechada en Calcuta el 5 de Febrero último, Jagor se dirige al Imperio Birman, Sur de la India y Japon, para pasar luego á América.—Traducimos este artículo sobre las Cavernas de Nipa-Nipa, de la acreditada *Revista de Etnología*, de Bastian y Hartmann. *Zeitschrift für Ethnologie*, Berlin, Wieganditute, Hempel) J. Fernandez Matheu.

dieron tal nombre por la costumbre que tenían de juntarse, y la cual aún existe entre ellos. Los numerosos puleros, utensilios, armas y joyas que allí se contenían habían permanecido largos siglos sin tocarse, por efecto de la segura proteccion que les dispensaba la misma supersticion religiosa que en este lugar se habia apoderado no sólo de los indígenas, sino hasta de los directores de las almas. Las canoas no osaban cruzar aquel paraje, acercarse allí sin el indispensable cumplimiento de ceremonias religiosas, heredada de los tiempos paganos dedicada á los espíritus de las cavernas, los cuales, segun la traducion, castigaban todo sacrilego olvido, por medio del huracan y del naufragio. Hará como unos 30 años que un esforzado misionero, encontrándose allí, y despreciando aquellos usos paganos, formó el proyecto de desgajar el velo del misterio. Aparejó algunos botes bien vistosos de cruces, banderas, estampas de santos, de la clase de medios, en fin, para ahuyentar al diablo, y emprendió la campaña contra los espíritus de las rocas, acompañado de músicas, oraciones y fuegos artificiales. Rociados con agua bendita los antros misteriosos con el fin de ahuyentar á los malignos espíritus, el suelto clérigo, con la santa cruz en la mano, hizo su entrada en las cavernas, siguiéndole los fieles, á quienes su ejemplo habia animado. Los sepulcros fueron destrozados, rotas las cubiertas y arrojados al mar los queletos. Este mismo éxito coronó la visita de las demás cavernas.

La causa de esta supersticion desapareció entonces, pero la supersticion no; pues aunque algo debilitada existe todavía hoy. Supe por el cura de Basey, que algunas de estas rocas podian verse todavía reliquias de aquel género, y algunos dias despues me sorprendió que á la amable cura presentándome algunos cráneos y un pulcro de niño que habia encargado me trajesen de

A pesar de que entre sus feligreses gozaba él, y por motivo, de mucho influjo, necesitó recurrir á toda su influencia para mover, aun á los más valerosos, á desempeñar este cometido. Dispuesto al efecto un bote, se embarcaron 16 tripulantes, porque con ménos tripulacion no die hubiera osado emprender el viaje. Y cuando habia tomado ya la vuelta al pueblo estalló una tempestad, los tripulantes consideraron el suceso como el castigo de su sacrilegio, y solamente el temor de empeorar todavía más la situacion impidió que arrojasen al mar cráneos y féretros. Por fortuna estaban ya cerca de tierra, remar con todas sus fuerzas, y en cuanto llegaron á la playa fué preciso que yo tomase de dentro del mismo bote los aportados objetos, porque de los indígenas ninguno se atrevia siquiera á tocarlos.

A pesar de todo, á la mañana siguiente pude alistar unos cuantos hombres resueltos para que me acompañasen á las cavernas. En las dos primeras que examinamos no pude encontrar nada. En la tercera hallamos algunos féretros rotos, algunos cráneos y un tiesto de piedra gresada y pintado groseramente. No pudimos dar con demás piezas correspondientes. Un agujero bastante estrecho conducia desde la caverna grande á una estancia oscura y tambien estrecha, tanto, que con la antorcha encendida en la mano apenas pudimos permanecer allí unos cuantos segundos. Esta circunstancia habia sido indudablemente causa de que en este tan reducido departamento se encontrase perfectamente bien conservado un queleto, ó mejor dicho, una momia, envuelta en algunas partes con pieles y tendones duros, estando el féretro completamente carcomido por los gusanos. Recostábase sobre una especie de almohada formada por panderos más blanda debajo de la cabeza, por efecto de plantillas allí acumuladas. Encontráronse además algunos restos de materias textiles.

Los féretros eran de tres diferentes clases, mas todos sin ornamentacion de ninguna especie. Los de la primera clase habian sido construidos con la excelente madera *Malave*, árbol análogo al *Tectona*, que en las islas Filipinas se equipara al *Teak*, y no sin fundamento, porque pudimos describir en aquella madera ninguna huella carcoma, siendo así que las demás estaban casi completamente destruidas.

En ninguna leyenda fabulosa se podria presentar una tumba encantada de rey, á que diese paso una entrada tan misteriosa como los que la última caverna ofreció á nuestras miradas. La roca se alza sobre el mar, y sus costados parecen paredes de mármol. En una de estas se encuentra una abertura, apenas dos piés de alta, que da entrada á una especie de mina ó galería natural, por la cual se despenó súbitamente la canoa, abocando á una grande estancia, en forma de patio, casi circular, sin más bóveda que el cielo y sin más pavimento que un jardin de coral en el fondo de las aguas. Las paredes son bastante escarpadas, y brenlas, en algunas partes la hiedra y las orquídeas, con ayuda de estos accidentes puede uno subir hasta la boca, situada á unos sesenta piés sobre el nivel del mar.

Para hacer nuestra situación todavía más parecida á las
de los cuentos mágicos, encontramos á la entrada de la
gaverna é irguiéndose sobre la plataforma de uno de los
descollantes peñascos, una serpiente marina que nos
miraba con toda calma, pero á la que debíamos matar,
porque este animal, como todas las verdaderas serpientes
de mar, es venenoso. Encontré por segunda vez esta mis-
ma especie entre peñascos hendidos sobre pleno terreno
de flujo. Esta se encontraba á unos sesenta piés sobre
el nivel del mar, y solamente aprovechándose de las
plantas hubo de escalar las escarpadas paredes. Puede
verse en el Museo zoológico de la Universidad de Berlin,
clasificada como *Platurus laticaudatus* (Linneo). A este
mismo museo se han llevado interinamente los cráneos;
del mismo estos que el féretro con la momia, el sepulcro
del niño y demás objetos recogidos, encontrarán muy bu-
cadas en la colección destinada á formar un museo
antropológico.

REVISTA SEMANAL.

El salva-vidas.—Lo que somos!—Lo de siempre.

La otra tarde, despues de haber hecho unas visitas, y
despues de mucho andar, llegué á ese gran centro tan
pequeño y tan misterioso que se llama Puerta del Sol.

Eran las seis menos cuarto, lo que dice que ya tenía
necesidad de *lastre*, dado que las seis es la hora de repa-
ración para el que come, cual yo, á la francesa, que dicho
sea de paso, es algo mejor que á la española y sin disputa
que á la inglesa, aunque esta última comida sea más
barata.

Pues bien, al fijar mis ojos en las populares *manecillas*,
ví tal el desfallecimiento que se apoderó de mí, que casi
caí al suelo, tan sólo por el pequeño *carinoso empuje* que
un amigo y compañero comunicó con su mano á mi en-
fermedad debilitada organizacion.

Pero hombre, cuidado que las modas de Madrid...
¿V. que saludar á puñetazos!... A esto lo llaman *ca-
rinoso saludo*?... Pero que quiere V., las costumbres se
van acercando ya tanto á las inglesas... que, vamos, lo que
es el saludo es muy de *inglés* (!).

Pero mi amigo es muy buen chico, y en seguida me
dijo el correspondiente—chico, dispensa, yo creí que las
regatas sólo las habia en Fornos... y veo que...

Yo no estaba para bromas, porque... porque aún no
habia comido, ¿cómo habia de estar para bromas!... Por
eso me amostacé un poco... pero no pasó de ahí.

Empezamos á hablar, y resultó que mi amigo iba á
presenciar un experimento.

Me figuré se trataba de algun adelanto médico, y me
dijeron (sacrificando mi estómago en aras de la ciencia á
que me dedico), me ofrecí, como decia, á acompañarle.

Pues señor, empezamos á andar.

No andamos mucho.

Llegamos á la calle Mayor, á la plaza de la Villa.

Habia mucha gente.

Eran las seis en punto y empieza la funcion.

Yo me habia figurado otra cosa de lo que era; pero
una vez allí, no queriendo volver piés atrás, me decidí á
presenciar el susodicho experimento que no tenia nada
de médico.

Se trataba de un *salva-vidas*, para los casos de in-
cendios.

Recordé haber leído algo sobre eso en la *indispensable*.

Nada se veia, es decir, nada de lo que queríamos ver.

Al fin salió un caballero á un balcon del piso cuarto de
la casa frente á la Villa.

Sacó una cuerda y un gancho.

Con esto ya *enganchó* nuestra atencion.

Aquel *gancho* daba muchas vueltas, pero no se *engan-
chaba*.

En seguida se escuchó el consabido *¡que no lo en-
tende V!*... que el público impaciente levantaba con
increpanda intencion.

Al fin se *enganchó*.

Y empezó á caer una cuerda larga... larga... tan larga
como una longaniza que midiera desde un piso cuarto,
hasta la acera de la calle.

Todo el mundo estaba con la boca abierta.

Al poco rato *tiró el diablo de la manta*... y apareció un
chiquillo.

Era el cordero sacrificado ante un adelanto en el ramo
de la seguridad contra incendios.

Por supuesto, seguridad indirecta.

El chico llevaba unas cintas que una vez que fué sus-
pendido en el gancho que sostenido por un pequeño ci-
bro se ajustaba al cordel, le produjeron una especie
de algo cómodo asiento.

Y empezó á bajar.

Y bajó.

Y se volvió á subir.

Y volvió á hacer lo mismo.

Y... nos marchamos sin haber visto el anunciado *salva-
vidas*.

Por lo ménos yo, lo que ví fué un *torno* sosteniendo
carne humana.

La segunda vez que bajó se agolpó la gente y... yo no
se quién se comeria al chico.

Porque indudablemente alguno se lo comeria.

El hambre es ciega y el que tuviera la que yo tenía no
creo hubiera reparado...

Luégo me dijeron que aquello era el *salva-vidas*.

¿Conque ya no hay cuidado de chamusearse? Pues mi-
ren VV., yo creo que es mucho mejor tirarse por el
balcon.

Por lo demás yo, no haria ni una ni otra cosa.

Digo, me parece que nadie puede decir *de este agua...
no beberé*.

Y basta de *salva-vidas*, que no es eso lo que se necesita
salvar... sino *lo otro*... señor ayuntamiento...

A no ser que olvide V. aquello de las *necrópolis*...

Y otras muchas cosas que nos ha ofrecido.

* *

El circo de Price, tan concurrido como siempre.

Una parte del público tan *bufo* como ántes.

Y dígalo sino un apreciable diario que no se contenta
con un Billy-Hayden, puesto que quiere lo ménos cinco.

Así lo dice, al aconsejar al conocido clown, trabaje
hasta reventar.

Pero hombre, qué consejos tan anti-higiénicos.

¿Si se habrá figurado que Billy-Hayden es una *vaca*!...

Yo puedo asegurarle que no lo es.

Sin embargo, lo puede ser, es decir, si el colega admite

vaca con el clown.

Entonces sí que aquello sería la mar!...

* *

¿Saben VV. lo que es *lo de siempre*!...

Ya me parece ver sonreír á algunas de mis lectoras.

¡Ay mujeres, y cómo os habeis *reido* esta *semana*!...

¡Dichosos jardines... cuánto hacen reír!...

Eso que son la puerta de la *Vicaría*.

Por que esto es un escándalo, todo el mundo se casa; y

todas las bodas salen de los jardines.

Es de suponer; donde hay flores hay amor, y amor sin

mujer es... caldo sin sustancia; y como es natural, nadie

quiere agua *chirle*.

Nada, señores solterones; á los jardines; y si no os en-

mendais con esta medicina... Dios os haga unos santos.

ALBERTO DIAZ DE LA QUINTANA.

EL PEZ VOLADOR.

En el mes de Mayo y en todo el rigor de la estacion de

las lluvias, grandes árboles se desarraigan de la ribera y

caen á los rios que desembocan en la bahía de Panamá.

Arrastrados por las corrientes entran al mar llevando no

pocas veces entre sus ramas culebras y huevos de lagar-

to en las hendiduras de la corteza. Multitud de semillas

pasan tambien así del continente á las islas. Grandes

truncos de palmeras, cañas, toda suerte de plantas exó-

genas y endógenas van por la corriente. Los truncos más

gruesos llegan á ser un seguro lugar de descanso para los

pelicanos, gaviotas y pájaros bobos. Los no acostumbra-

dos á ver estos grandes cuerpos flotando en el mar, los

toman por botes con hombres dentro. Estas *ruinas* ve-

getales de tantas especies y tamaños, una vez en la bahía,

son llevadas por las corrientes meridionales á las islas y

á la misma Panamá. Los árboles más corpulentos encallan

en las rocas y allí quedan por mucho tiempo secándose

al sol. Las mas largas cañas forman una especie de tejido

que pronto se ve tachonado de almejas. Luego las cañas

son arrojadas á la ribera por la marea y las almejas ex-

tienden sus brazos ensortijados y delgados como si dije-

ran desespradamente: ¡agua! ¡agua!

Por el poder disolvente del mar, las ramas de los árbo-

les son desmenuzadas y las partículas ligeras van á dar

á los remolinos que se forman en las ensenadas más res-

guardadas. Mariposas y algunos otros insectos revuelan

en torno de estos deshechos vegetales, y mezclados con

los despojos se encuentra un pececillo que no puede ser

distinguido, en medio de las menudas partes de la ma-

dera de los árboles, sino por un ojo ejercitado. Son ani-

males curiosísimos, y nosotros no los vimos en Taboga

sino porque un niño nos los señaló, para probarnos que

eran animales vivos y no pedacillos de corteza. El niño

metió la mano vivamente y cogió uno de estos pececillos
y dijo que era un *volador*. La corteza se transformó á
nuestros ojos en un hermoso animalito; parecia más bien
una polilla que un viviente marino, dotado de mucha
agilidad. Este insecto, tan parecido á un pez, es de una
pulgada de largo, su cuerpecillo es redondo, pero va
adelgazándose de la cabeza á la otra extremidad; tiene
muchos colores y ojos prominentes, pero su facion pe-
culiar es la de las aletas que tienen el aspecto de alas; la
pectoral es muy ancha y termina en punta; las de la ex-
tremidad inferior son de forma redonda y de color negro
como las otras. Siempre que tratamos de coger uno de
estos animalitos en la red, saltaba fuera del agua, y ra-
sando su superficie iba á dar á considerable distancia.
En las aletas tiene una espuelita y dos más rojas en la
cabeza. Su cola es blanca y ahorquillada, y en el cuerpo
tiene manchas de color oscuro. Este pez pertenece al gé-
nero de los gobios. Nosotros los volvimos á ver en el mes
de Octubre, que es allí el mes más lluvioso del año. Pu-
simos algunos de estos animalitos en un poco de agua de
mar dentro de una copa, pero los encontramos muertos
al otro dia por la mañana. Las medusas, nos dijeron los
niños nativos, les habian dado muerte.

Tales son los peces que van siempre con los despojos
vegetales de que hemos hablado. Sabemos de dónde pro-
ceden estos últimos, pero cuándo y en dónde se unen á
ellos los voladores y qué viene á ser de estos peces cuan-
do los vientos arrojan á las costas hojas y madera con-
vertidas en menudos pedazos, no lo hemos podido ave-
riguar.

Solucion á la charada segunda que apareció en el nú-
mero 31 de EL CORREO, correspondiente al 18 de Agosto.

Fué un tiempo para mí, tan venturoso
El de mi edad primera,
Que mi vivir dichoso,
Rival entre los hombres no tuviera.
Mi lengua con palabra balbuciente
Una de repetia
Mezclada juntamente
Con otras letras, que en mi libro habia.
Y jugando á mil juegos presuroso
Que mi mente creaba
Con orden riguroso,
Mis soldados en fila colocaba.
Mas otros goces ya, mi pecho amante
Satisfacer anhela,
Desde el dichoso instante
En que mis ojos vieron á Fidela.

F. BERNALDEZ.

Salamanca 4 de Abril de 1876.

De esta charada, y de la primera *Solfeo*, han remitido
las soluciones Doña Emilia Guijarro, de Toledo, y Doña
Concepcion Santos, de Guadalajara, y de la primera
Doña Rosalía Jordá y Vila

CHARADA.

I.

Es mi *todo* un Maricon
cuando hace *dos tras primera*.
Mucho más útil le fuera,
(tú me darás la razon)
irse á pasear en *tercera*.

LA NUVR.

Asturias 8 de Mayo de 1876.

II.

Dos y prima queria hacer,
la hermosa tercera y cuarta,
con un dos, tercera y quinta
de encantadora mirada,
y que segun ella dice
es profesion que la agrada,
tanto por su gentileza,
cuanto por singular gracia;
mas como está una y quinta,
no quiere de buena gana.

Ella es jóven y bonita,
de eso lleva quinta y cuarta,
subyugados por sus gracias
más de cuatro se declaran;
pero ella por sus promesas
no se siente impresionada,
y está medio decidida,
porque es jóven que le agrada
á dar su segunda y quinta,
al todo de mi charada.

CONSUELO CASTRO Y VALDES.

VARIEDADES.

DIOS SE LO PAGUE.

Esta frase que cariñosamente contesta la gratitud á los beneficios recibidos, conmueve dulcemente el corazón con su sencillez sublime; ella consigue que una tierna lágrima se desprenda de la pupila, cuando el corazón rebosa en sentimiento y surca las mejillas como suave rocío sobre las flores, naciendo del manantial puro del alma. *Dios se lo pague* encierra todo un poema de ternura.

Cuán dichosos sois vosotros los seres privilegiados y amados de Dios, que encargados por él repartis el bien sobre la tierra; ¡oh! almas grandes y generosas, que pisáis el arenoso desierto, y dais rico manantial de agua pura al que sed tiene, y pan al que está hambriento. Yo os bendigo, y al hacerlo, lo hago á Dios, fuente de inagotable caridad y amor.

LUISA DURÁN DE LEON.

CONSEJOS DE HIGIENE.

Hémos ya aquí en el mes de Agosto, con sus noches ya largas y sus tardes frescas: puede decirse que está ya próximo á terminarse el verano, que ha pasado tan rápidamente como pasan todas las cosas de esta vida, breve apartado de goces y sufrimientos, tan pasajeros los unos como los otros. Por fortuna las almas creyentes levantan los ojos al cielo y esperan.

Pero no por esto tenemos menos obligación de cuidar de nues-



17. Sombrero Duquesa. (Véase el núm. 9.)

18. Sombrero Pillerano.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

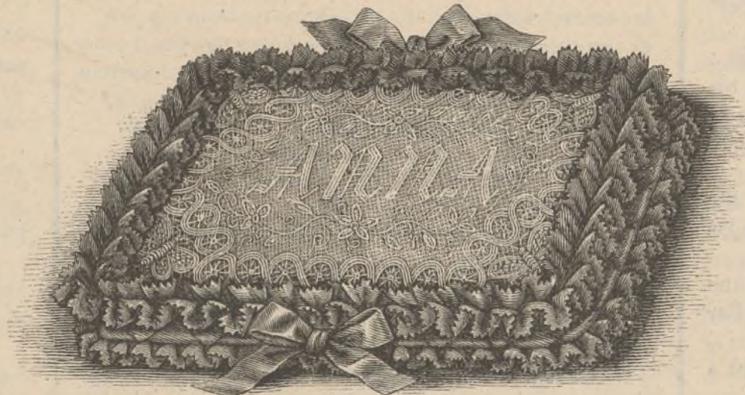
DUCE DE GUINDAS.

Se quitan los huesos, procurando estropear las lo menos posible y que no pierdan nada del jugo; se ponen en un perol, con una libra de zumo de grosella por veinte libras de guindas; se cuecen con mucho fuego, meneándolas despacio, y se retira así que el almíbar está en punto.

Explicacion del Figurin 1232.

FIG. 1.^a—Traje de playa.—Vestido color cereza, de seda ó lana, con túnica-manto de color azul, con talle de talle, y coraza de chemir brochado, y mangas, de lo mismo. El vestido lleva plegado á grandes tablas en los costados, lleva por delante volante de tela tableado, y encima otro fruncido. Adornan además el delantero, tres grandes bandas ó fajas guarnecidas cada una con tres denes de fleco, y que van á meterse bajo la túnica. Toquilla fitchi encaje blanco con lazos cereza.

FIG. 2.^a—Traje de campo.—Vestido de dos telas, azul lino y azul á rayas escocesas. La falda lleva por abajo un volante ricado con dos bullones orillados por los lados. La túnica á rayas está guarnecida todo alrededor con fleco. La coraza sin mangas va en solapas sujetas con un botón azul anudado á la espalda. Las mangas lisas llevan los adornos de la tela á rayas Sombrero de paja, adornado con racimos de grosella y cintas azules.



22. Sachet para guantes.



19. Sombrero Archiduquesa.

tra salud para poder servir mejor á Dios y á nuestros semejantes.

Dominan en este mes las calenturas gástricas, tomando algunas el carácter nervioso, las inflamaciones de la piel, especialmente las erisipelas.

El mal régimen, el abuso de las frutas y helados, las frecuentes variaciones atmosféricas tienen una grande influencia en la producción de los males enunciados. Preciso se hace, pues, no permanecer durante mucho tiempo expuestos al relente y mucho menos debajo de los árboles, usar con moderación de los alimentos excitantes, y no salir sin un abrigo cualquiera para precavernos del aire frio que suele levantarse de improviso.

De personas prudentes y reflexivas es precaver las enfermedades, y en caso de que sobrevengan combatirlas al instante por medio de medicamentos sencillos.



21. Sombrero con plegados.



20. Sombrero tirolés.

OBRAS DE DOÑA ÁNGELA GRASSI.

que se hallan de venta en la Administración del CORREO DE LA MODA, periódico ilustrado con preciosos grabados de modas y labores consagrado á la familia. Plaza de Isabel II, núm. 2, principal.

Las riquezas del alma, obra premiada por la Academia Española. Dos tomos: 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

La gota de agua, obra premiada por el concurso *Jesus Rodriguez*. Un tomo: 4 rs.

El que no siembra no coge, novela de costumbres: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

Poesías. Un tomo: 4 rs. en Madrid y 5 en provincias.

El copo de nieve. Un tomo: 8 rs. en Madrid y 9 en provincias.

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a, 2.^a y 4.^a Edicion, recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO, y las de 1.^a, 3.^a y 4.^a el pliego de dibujos para bordados.

N.º 4. Espalda de los chalecos cerrado y abierto.

N.º 5. Chal para el chaleco abierto.

N.º 3. Parte de atrás del cuello.

CORREO DE LA MODA.

2 de Setiembre de 1876.

DERRECHO.

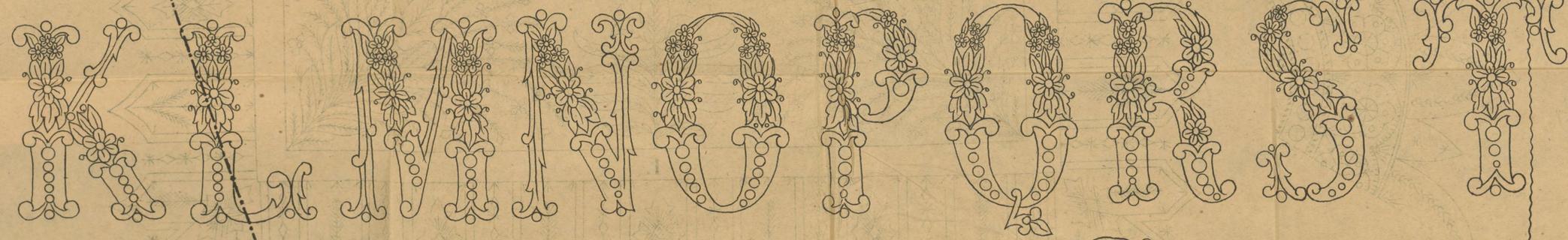
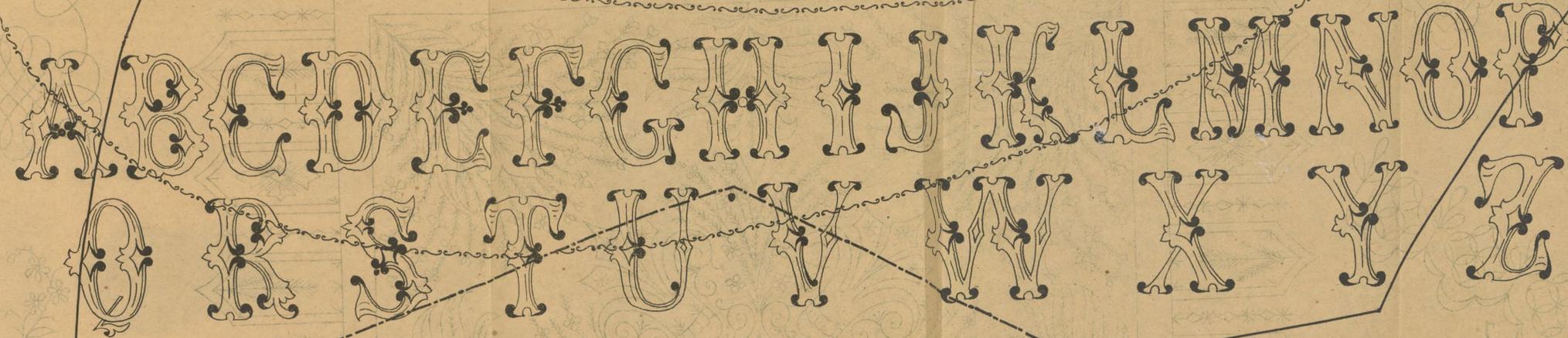
Chalecos para hombre.

El marcado con el núm. 1 es un elegante chaleco recto, y puede hacerse de cachemir ó paño negro; el segundo, marcado con el núm. 2, es un chaleco en forma de chal; la figura 3 da el chal que se une al delantero uniéndolo las señales; y el núm. 4 da la espalda que sirve para ambos chalecos. Como muchas señoras gustan de confeccionar por sí mismas las prendas ligeras destinadas á sus hermanitos ó á sus hijos, hemos creído complacerlas ofreciéndolas estos modelos. Ambos están cortados para un hombre regular de 48 cents. de grueso de pecho y 43 de cintura.

Ricos abecedarios para marcar ropa blanca.

REVÉS.

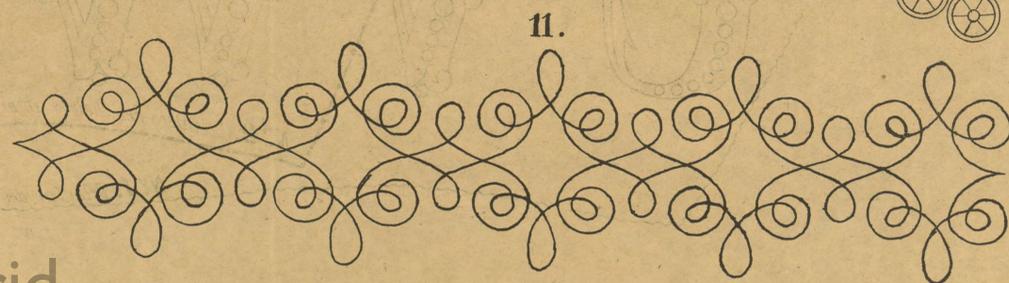
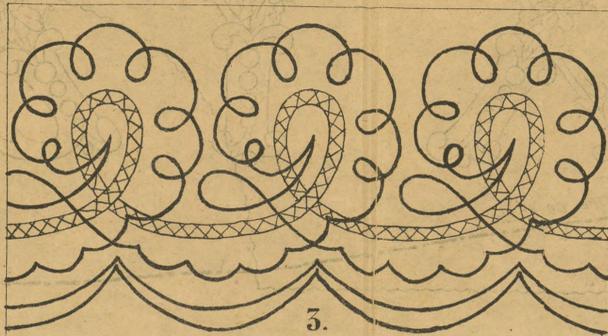
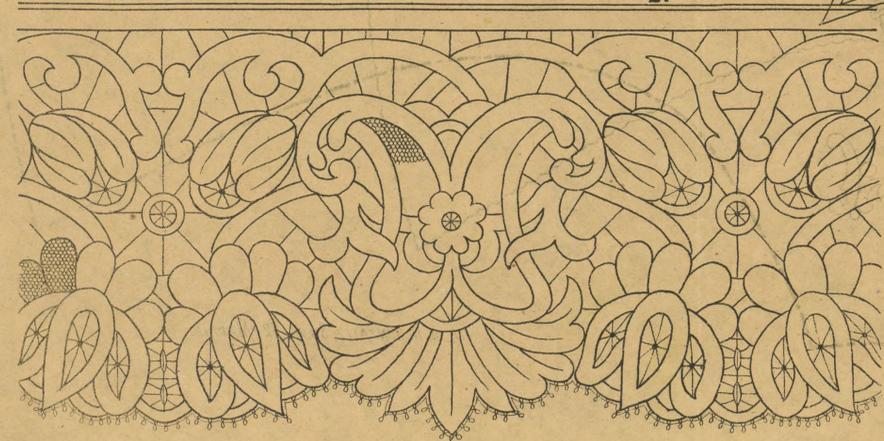
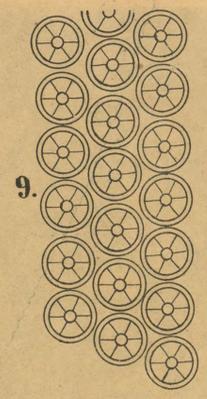
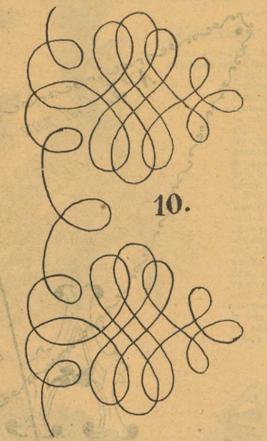
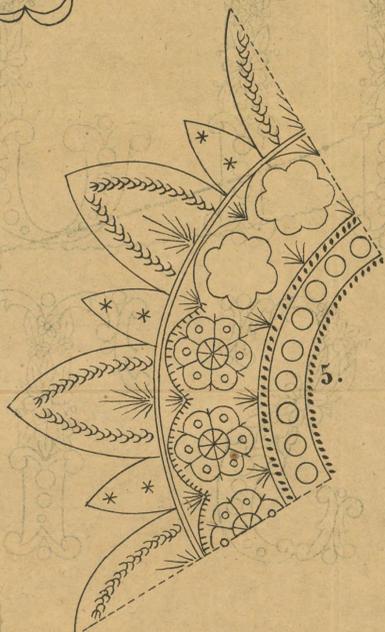
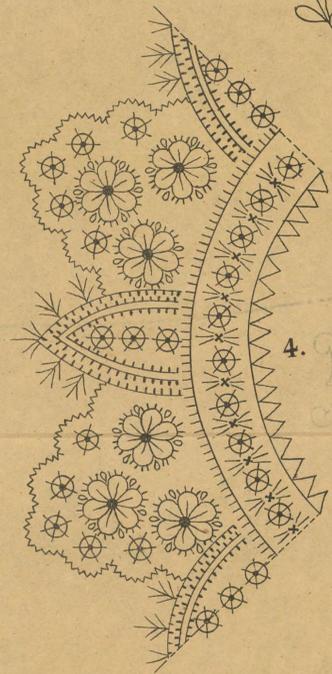
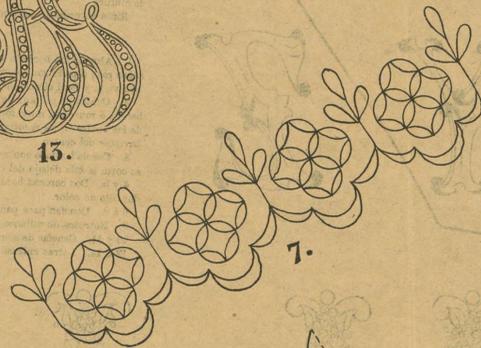
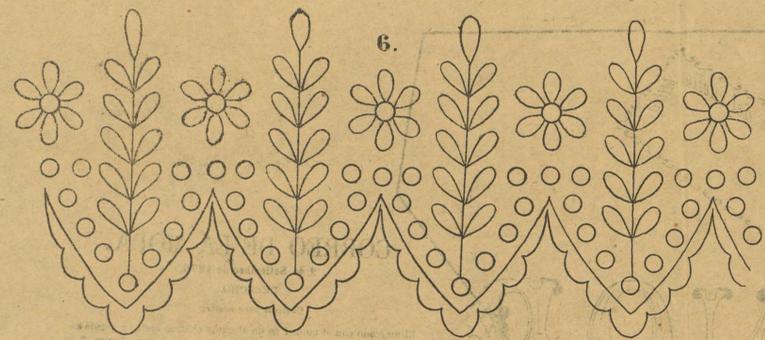
1. Almohadon bordado á punto de pluma y puntos largos. Se borda sobre raso ó paño con colores vivos que armonicen entre sí. Es de mucha vista y fácil ejecución.
2. Cenefa de guipur de Génova para paño de altar. El fondo es de batista ó muselina muy fina con aplicaciones de tul y calados, debajo de los cuales se va recortando la tela lo mismo que al rededor de las barretas del centro.
3. Cenefa bordada con soutache. Despues de pasar los hilos cruzados se corta la tela debajo del calado que dibuja ondas.
- 4 y 5. Dos coronas bordadas á puntos largos con hilo de oro ó cordoncillo de color.
- 6 á 8. Cenefas para pantalones, enaguas, etc.
9. Entretelos de milanés para ropa blanca.
- 10 y 11. Cenefas de soutache para bordar trages de niños.
- 12 á 14. Letras enlazadas bordadas á plumetis.



N.º 2. Delantero del chaleco abierto en forma de chal.

N.º 1. Delantero del chaleco recto.

LIT. DE N. GONZALEZ, SILVA-12-MADRID.



Ayuntamiento de Madrid